



# DIARIO DE LECTURAS PARA EL FIN DEL MUNDO

Rafael Toriz

Han pasado apenas 24 horas desde que el mundo amaneció con la noticia de que Donald Trump será presidente de los Estados Unidos y ya es factible dar por hecho que se avecina una catástrofe. Además de haber perdido a Bowie, Prince y Leonard Cohen en este año nefasto, se puede asegurar que los tiempos globales ya son otros, y que el siglo que terminó con la caída de las Torres Gemelas ha dado un paso decisivo en pos del albañal pseudo democrático que habitamos, instalados como estamos en un siglo XXI que despunta xenófobo y retrógrado.

Desde Buenos Aires se experimenta la sensación de vivir en una suerte de tiempo paralelo, alejado de la realidad y de la historia: en el sur del continente el mundo y su velocidad aparente se ofrecen como un territorio lejano y difuso. Mejor: a veces la distancia viene bien para comprender la dimensión del cataclismo.

Los menesteres propios de la supervivencia me han vuelto un lector de novedades, cosa que hace apenas unos años hubiera considerado sacrilegio. Debido a ese cambio de hábito, he podido darme cuenta de que, aunque la literatura tradicional tiene los días contados (al menos más allá de sus autores), aún es posible vertebrar alguna esperanza en los ejercicios de estilo que, si buenos, son siempre exploraciones formales del género que expresan.

Leo por estos días *Los diarios de Emilio Renzi* de Ricardo Piglia y me percató de que antes como ahora lo mejor ante la abulia cotidiana —o la saturación frenética— es abandonarse al mundo paralelo que comporta la escritura, como se lee en las páginas de este treintañero que despunta ya como un lector sofisticado, seguro y de robusta vanidad que se ve a sí mismo como una especie de detective —en este caso obsesionado con el extraordinario diario de Cesare Pavese—<sup>1</sup> y que redondearía sus intenciones al escribir el notable cuento «Un pez en el hielo» que tiene como personaje principal a un tímido asesino: el suicida de *El oficio de vivir*.

Reconstrucción oblicua de un mundo del que apenas quedan huellas, por sus páginas aparece Manuel Puig y su talento, la tozudez de David Viñas y el oficio de un narrador no tan en ciernes, obsesionado por los mecanismos de la ficción y por hacerle saber al mundo que él es *un tipo que trabaja*. Piglia registra los deberes que le impone su profesión, siempre tan azarosa, donde poco a poco

<sup>1</sup> «No me interesa el género policial, me interesa escribir relatos bajo la forma de una investigación. Igual, veo al detective como un moderno Ulises perdido en un laberinto (datos, pistas, crímenes) que trata de descifrar con la pesquisa».

empieza a ser un referente en Buenos Aires para dirigir colecciones editoriales, dictar conferencias o escribir prólogos. Sus páginas se van volviendo entrañables porque apuntalan la lectura futura de un improbable lector con el que cualquiera que escribe un diario sabe que carga; por ello, es preciso recordarle a ese lector —pero sobre todo a uno mismo— que la fragilidad propia del ejercicio literario no es todo un desvarío y una pérdida de tiempo. En esos guiños cómplices a través de una vanidad taimada que se sabe productiva, y sobre todo en esa necesidad de justificarse ante sí mismo como alguien respetable, muestran la escamoteada dignidad que ayer como hoy se le niega al literato, sobre todo cuando recién se ha comenzado y se cuenta con el honorable privilegio de no ser un cretino: *era un buen muchacho, pero le hizo vicio la escritura*.

Piglia le recuerda al mundo del futuro que tuvo los arrestos para ganarse la vida en un medio hostil a través de la literatura.

El diario es jugoso no solo por sus encuentros fugaces con Borges, Virgilio Piñera, Osvaldo Lamborghini y otros personajes de la cultura porteña de la época<sup>2</sup>, sino porque permite comprender el entramado de su *work in progress*, un Piglia antes de Piglia que aparece como un lector de tiempo completo poco atento con la familia pero dedicado a pensar críticamente su apasionada profesión. Decidido, entrevé uno de los derroteros de su empresa: «¿y si lo mejor que yo he escrito en mi vida fueran estas notas, estos fragmentos en los que registro que nunca alcanzo a escribir como quisiera? Admirable paradoja, enfurecido por no poder escribir lo que quiere, un hombre se dedica a registrar en un cuaderno la historia de su vida, siempre contra sí mismo, y se sostiene de sus cuadernos, se observa y va fracasando sin saber que en esos cuadernos está escribiendo la mejor literatura de su tiempo».

El hombre, desde luego, es lúcido: «la historia literaria es siempre una condena para el que escribe en el presente, allí todos los libros están terminados y funcionan como monumentos, puestos en orden como quien camina por una plaza en la noche. Una verdadera historia li-

teraria tendría que estar hecha sobre los libros que no se han terminado, sobre las obras fracasadas, sobre los inéditos: allí se encontraría el clima más verdadero de una época y una cultura»; porfiado, se hace un tiempo para el ataque: «he vuelto a tomar anfetaminas buscando la euforia química y una lucidez luminosa que dura lo que dura la llama de un fósforo (en la que uno se puede, sin embargo, quemar la cabeza)».

En sus diarios se construye una respiración artificial.

Otro libro que tengo sobre el escritorio es *El espíritu de la ciencia ficción*, una novela póstuma de Roberto Bolaño que permite conocer la cocina de un escritor desde un flanco distinto, acaso más ameno.

La novela, que inaugura la presencia del autor Alfaguara (perteneciente al grupo transnacional Random House Mondadori), permite plantear preguntas de orden socio-histórico que hasta hace poco solían ser relevantes para la crítica. Y es que buena parte de Bolaño, un paria de la república letrada la mayor parte de su vida, ha sido ya normalizado por el mercado, que lo deglute, arrinconca y promociona en el lugar de los autores consagrados, pese a que la novela, si bien redonda, no es nada del otro mundo. Aunque camine.

Por ello, conviene leer con pinzas las palabras de Christopher Domínguez Michael, que prologa el libro: «en el caso de Bolaño, aducir su fortuna al mercadeo es, o no haberlo leído, o ignorar que la novela nació liada al comercio desde los tiempos de Walter Scott, Balzac o Eugène Sue... La historia de la literatura también incluye a quienes la hacen materialmente posible, a los editores y, de un tiempo para acá, a los agentes literarios, unos y otros con sus miserias y sus grandezas».

Curioso. Extraño. ¿Oportunista? Es probable. Nadie ignora que los infrarrealistas y todo lo que representaron se movieron siempre en un espectro muy distinto al del grupo y las poéticas representadas por Paz y su pandilla. Y si bien es cierto que suele señalarse una rotunda diferencia entre el trabajo de Bolaño como narrador y como poeta, es imposible no tener presentes las palabras de Aurelio Asiain al respecto de los infrarrealistas, a quienes el establishment despreciaba: «como poetas son deleznable. No tuvieron ninguna repercusión ni en la poesía mexicana ni en la vida literaria del momento, más allá de un solo episodio minúsculo. Que el genio narrativo de Roberto Bolaño haya magnificado ese gesto en epopeya es admirable. Que haya quienes confundan esa versión novelesca con

<sup>2</sup> Pero no solo porteña, puesto que Piglia sigue desde el sur el presente mexicano: «*La Tumba* de José Agustín me interesa por el manejo atropellado de un lenguaje áspero que captura el vértigo y el mundo sin salida de la adolescencia. No me interesa su uso del lenguaje muy fechado, una jerga demasiado lexical, palabras que envejecen de un día para el otro. Lo mejor es usar la estrategia de Anthony Burgess, inventar un lenguaje».

la realidad es ridículo. La versión de la tradición mexicana que parte de esa fantasía novelesca es una tontería sublime».

Consideraciones estéticas proscritas, lo que me resulta una tontería sublime es comparar, como lo hace Domínguez en su prólogo, a Bolaño con Pessoa, que hasta como gracejada resulta una exageración majadera. Ni Bolaño estaría de acuerdo. Nadie duda del talento de chileno, pero la suya, como la de cualquier mortal, es una obra alejada a una galaxia de Pessoa.

*El espíritu de la ciencia ficción* camina con ligereza y es original en el planteo de su trama. Empieza con una entrevista a un joven escritor premiado en medio de lo que parece ser una fiesta de escritoruelos borrachos y pronto brinca a ser una suerte de precuela de *Los detectives salvajes*, donde dos chilenos lumpen se enfrentan en un cuarto de azotea a los misterios horrorosos y formativos del DF en los setenta. Talleres literarios incluidos. Mientras uno de ellos escribe singulares cartas a algunos de los principales escritores de ciencia ficción de la época —Ursula K. Le Guin, Fritz Leiber, James Hauer— otro nos regala imágenes y personajes formativos en la línea más bien lumpen y entrañable del mejor Bolaño. Son los perros románticos: «artistas del fuego— me corrigió el doctor Carvajal—, artistas del detritus, desempleados y resentidos, pero no intelectuales».

Y como no solo de reseñas vive el hombre, también asistí a una de las conferencias dictadas por Michel Houellebecq en Buenos Aires; justamente, a la más sugestiva: aquella que explora la razón por la que los intelectuales franceses han abandonado la izquierda.

A diferencia de lo que marca su mito, no he visto en él a un cínico sino a un parresiasta, es decir, a alguien que habla con absoluta franqueza sin temor al qué dirán, exponiéndose a sí mismo en el acto del decir. Al margen de señalar el analfabetismo científico de Sartre y Camus —y de considerar que tanto Lacan como Deleuze y Derrida eran unos charlatanes— se refirió al estado de decadencia de la cultura, el cine y la gastronomía francesa. Se refirió también al carácter profético de algunos de sus libros y lo adujo a fortuitas coincidencias, salvo en el caso del transhumanismo de *Las partículas elementales*. Habló en serio cuando dijo que consideraba que tanto el pensamiento de Marx como el de Freud estaban muertos y vaticinó que, tal vez, en poco tiempo, a Nietzsche le sucedería lo mismo. Y más enfático fue todavía al decir que «prohibir la prostitución en Francia y Suiza es parte del suicidio europeo». Yo le creo.

Empero, las partes más interesantes de su conferencia, a mi juicio, fueron tres.

La primera es que los intelectuales, sin tener que ser de derechas, han podido desprenderse del compromiso de militar en la izquierda, por lo que en su opinión ahora es posible un rango mayor de libertad, mal que le pese a las buenas conciencias.

La segunda, pensando en los yihadistas, es que considera que la barbarie del presente, así como vino, habrá de esfumarse, «porque la gente se cansa de la sangre y la masacre». Mandó a la audiencia a leer la *Historia de los Girondinos* de Lamartine y a mí me pareció que su ejemplo bien podría aplicarse para comprender el teatro del horror del narcotráfico mexicano, puesto que si alguien ha asesinado con especial sevicia a sus semejantes han sido siempre los franceses.

Y la tercera, que me obligó a pensar en lo lejos que estamos del contagio de Francia en el presente de América latina, se puede extraer del párrafo elocuente que citó de *La democracia en América* de Alexis de Tocqueville, que describe este presente, fechado en 1840: «veo una multitud innumerable de hombres iguales y semejantes, que giran sin cesar sobre sí mismos para procurarse placeres ruines y vulgares, con los que llenar su alma. Cada uno de estos hombres vive por su cuenta y es como ajeno al destino de todos los demás: los hijos y los amigos constituyen para él toda la especie humana; en cuanto al resto de los ciudadanos, vive a su lado pero no los ve; los toca pero no los siente; no existe sino en sí mismo y para él solo, y si bien le queda una familia, puede decirse que no tiene patria. Sobre éstos se eleva un poder inmenso y tutelar que se encarga solo de asegurar sus goces y vigilar su suerte. Absoluto, minucioso, regular, advertido y benigno, se asemejaría al poder paterno, si como él tuviese por objeto preparar a los hombres para la edad viril; pero, al contrario, no trata sino de fijarlos irrevocablemente en la infancia y quiere que los ciudadanos gocen, con tal de que no piensen sino en gozar. Trabaja en su felicidad, mas pretende ser el único agente y el único árbitro de ella; provee a su seguridad y a sus necesidades, facilita sus placeres, conduce sus principales negocios, dirige su industria, arregla sus sucesiones, divide sus herencias y se lamenta de no poder evitarles el trabajo de pensar y la pena de vivir».

El mundo no va a acabarse todavía; por lo tanto, conviene ponerse a imaginar. ■ ■